

IDENTIDAD PERSONAL Y ALIENACION EN EL HOMBRE DE LA GRAN CIUDAD

Por JOSÉ RAMÓN TORREGROSA PERIS

I

Para plantearse algunos de los problemas psicológicos con que se encaran los hombres que habitan en las grandes ciudades contemporáneas, es indispensable referirse a los procesos y estructuras sociales en los que de algún modo —y digo de algún modo— se hallan inmersos. Ahora bien, conviene también que apuntemos desde el principio que esos procesos y esas estructuras, sea cual fuere el nivel de análisis en el que pretendamos estudiarlas, no se producen en un tiempo y espacio abstractos, sino que de ellos son siempre protagonistas grupos y clases sociales concretos, con unos intereses y unas estrategias determinadas y para quienes activa o pasivamente, directa o indirectamente, resultan mecanismos evidentes para el mantenimiento o ampliación de su situación dominante.

El proceso de urbanización, la concentración de masas de población en las grandes ciudades, así como la dominación que éstas o ciertos grupos instalados en las mismas ejercen sobre el resto de la población, no creo que constituyan una excepción. En este sentido, la gran ciudad, más que una unidad diferenciada o diferenciable de la sociedad global, constituye una clara expresión,

una plasmación sobre el terreno de la misma (1). Por ello coexisten en ella simultáneamente una pluralidad de pautas de formas de vivir la vida urbana (2). No es un azar que Park —uno de sus más destacados estudiosos— la considerase como un laboratorio insustituible para la investigación social (3). En la medida, pues, en que exista un modo de vida urbano que se superpone a los modos «específicos» dentro de lo urbano, éste puede considerarse como una tendencia de la sociedad global. «La ciudad... se sitúa a mitad de camino entre lo que pudiéramos llamar el *orden próximo* (relaciones de los individuos en los grupos más o menos grandes, más o menos organizados y estructurados, relaciones de esos grupos entre ellos) y el *orden remoto*, el de la sociedad regulada por grandes y poderosas instituciones (Iglesia, Estado), por un Código Jurídico formalizado o no, por una «cultura» y sus conjuntos significativos» (4). Ahora bien, el carácter mediatizador de la ciudad entre el *orden próximo* y el *orden remoto* es quizás lo que ha perdido la gran ciudad de nuestros días.

II

¿Cuáles son, pues, algunos de los procesos sociales que se producen en la ciudad y que la configuran como modo de vida?

Más adelante, claro está, deberemos preguntarnos: ¿Y cómo esos procesos determinan ciertas características psicológicas específicas del hombre de la gran ciudad? No se nos oculta el riesgo que supone moverse en tal nivel de generalidad. Sin embargo creemos que es todavía más improductivo atenerse a niveles de concreción que en la mayoría de los casos constituyen pseudo concre-

(1) LEFEBVRE, H., *Le droit à la ville*, Ed. Anthropos, París, 1968, pág. 64.

(2) LEFEBVRE, H., *op. cit.*, pág. 65.

(3) PARK, R. E., «The City as a Social Laboratory», en Turner, R. H. (Ed.), *Robert E. Park on Social Control and Collective Behavior*, The University of Chicago Press, Chicago, 1967.

(4) LEFEBVRE, H., *op. cit.*, pág. 52.

ciones mixtificadoras que incapacitan radicalmente para la comprensión del fenómeno que pretenden estudiar. Se quedan en la mera concreción sin referencia a la totalidad. El hombre de la gran ciudad, en cuanto realidad concreta, está sometido a una serie de mediaciones —clase social, por ejemplo— cuyo sentido no aparece al referirlo o explicarlo por otra mediación —la ciudad— sino en relación con la totalidad social y lo que constituye su base real: las relaciones sociales de producción. Resulta indispensable esta referencia para no atribuir una causalidad desintegradora o patológica a la ciudad en cuanto tal (5), por una parte o por otra, atribuible una realidad liberadora que, aún sentida o presentida por grandes masas que a ella acuden, está muy lejos de alcanzar. Ambas perspectivas subyacen en gran parte de la literatura empírica y teórica sobre la ciudad, y se basan en mi opinión, en un presupuesto parcial y por lo tanto falso: contraposición de dos puntos extremos —lo rural, lo urbano— en una misma dimensión independiente.

Hecha, pues, esta salvedad, debemos ahora especificar algunas características de la organización social de la ciudad con el fin de observar su articulación, su impacto en la psicología de los hombres que la viven. Para ello me parece oportuno, por el momento, atenerme al artículo clásico de Wirth (6), recientemente sometido a revisión por Morris (7).

Wirth intenta deducir las características sociológicas del modo de vida urbano a partir de tres variables fundamentales: tamaño, densidad y heterogeneidad. Cuanto mayor sea el tamaño de la comunidad mayor será la variabilidad individual, la variabilidad ocu-

(5) MILLS, W., «The professional Ideology of Social Pathologists. En ROSENBERG, B., GERVER, I., y HOWTON, F. W. (Eds.), *Mass Society in Crisis*, Macmillan, New York, 1964, págs. 92-111.

(6) WIRTH, L., «Urbanism as a Way of Life», *The American Journal of Sociology*, vol. XLIV, julio de 1938, págs. 1-24. Véase también DEL CAMPO, S., «Los caracteres sociológicos de la ciudad», en *Problemas de Concentración Urbana*, Semanas Sociales de España, 1965, y PINILLOS, J. L., «Psicología del hombre de la gran ciudad. Masificación, despersonalización», en el mismo volumen.

(7) MORRIS, R. B., *Urban Sociology*, George Allen and Unwin Lmted, Londres, 1968.

pacional, la diferenciación y segregación espacial de los grupos. El tipo de solidaridad tradicional basado en el parentesco, en la vejez, tenderán a desaparecer o no existirán. El control social se operará a través de mecanismos más formales. Por otra parte, el aumento de tamaño de la comunidad, hace imposible el conocimiento recíproco personal de sus habitantes. Debido al mayor número de contactos interpersonales, éstos tienden a ser segmentales, a basarse en un aspecto parcial y diferenciado de la personalidad. El individuo depende de mayor número de personas y grupos para la satisfacción de sus necesidades que en un contexto rural aunque esta dependencia es más específica, más diluida. De ahí que las relaciones personales tiendan a ser *impersonales, superficiales, transitorias y segmentales*. Por otra parte, el espíritu racional y de cálculo del hombre urbano se revela también en la instrumentalidad o carácter de medio con que encara sus relaciones con los demás. Además, dada la imposibilidad de una comunicación personal entre ellos, los habitantes urbanos tenderán a valerse de los medios indirectos de comunicación y la delegación en la articulación de los intereses individuales (8).

Por otra parte, la mayor densidad tiende a producir una mayor diferenciación y especialización, reforzando los efectos del aumento de tamaño de la población. Esta mayor diversificación aumenta la complejidad de la organización social y hace más necesarias las tareas de coordinación, dirección y planificación. Bajo estas condiciones, la centralización de los poderes de decisión aparecerá como algo incuestionable.

La mayor densidad, por otra parte, al incrementar la proximidad de las interacciones físicas tiende a fomentar una actitud de cierta reserva y distanciamiento en los contactos interpersonales. La «exterioridad», los símbolos de *status*, adquieren un papel fundamental en la determinación, estructuración y resultados de los episodios interpersonales. Las técnicas de «presentación del yo» (9)

(8) WIRTH, *op. cit.*, págs. 10-14.

(9) GOFFMAN, E., *The Presentation of Self in Everyday Life*, Doubleday Anchor Books, New York, 1959.

y las del escenario en que vaya a representar su papel, así como la ocultación del trasfondo que realmente motiva toda la representación, se convierten en un aspecto fundamental de la vida cotidiana. La apariencia, la visibilidad de lo que uno es, lo que podríamos llamar su imagen o identidad pública —es decir, la imagen por la que una persona es identificada por un grupo determinado— se convierten en una esfera autónoma de preocupación e incluso de obsesión, puesto que de ella va a depender en gran medida la participación en los recursos de ese grupo. Más adelante volveremos sobre este punto.

Al mismo tiempo, la densidad incrementa el valor —valor de cambio— del suelo, con lo que se refuerzan los efectos segregadores de la variable anterior. Los grupos de un *status* económico similar tienden a agruparse en áreas diferenciadas. Esta yuxtaposición de distintas subculturas con sus orientaciones y modos de vida diferentes, tiende a fomentar una perspectiva relativista y tolerante de las diferencias sociales. La proximidad física sin una vinculación afectiva tiende por otra parte a incrementar las actitudes competitivas y explotadoras. En estas condiciones, el equilibrio social se mantiene merced a mecanismos formales de control social. Entre ellos, la rígida rutinización de la existencia de millones de personas aparece como indispensable para el normal funcionamiento del sistema (10). (¿De qué sistema cabría preguntarse?)

La otra variable clave en la determinación del modo de vida urbano según Wirth es la heterogeneidad. La coexistencia de diversos grupos y tipos de personalidad tiende a diluir la rígida división en clases sociales, produciendo un sistema de estratificación social más diferenciado. La mayor movilidad (espacial, social) de los individuos entrando y saliendo de la esfera de influencia de unos grupos a otros, tiende a hacer su *status* más fluctuante. Con ello la aceptación de la inseguridad y la inestabilidad como norma. La

(10) WIRTH, *op. cit.*, págs. 14-16.

pertenencia a varios grupos divide las lealtades e identificaciones de los individuos. Las expectativas de estos diferentes grupos pueden ser —y con gran frecuencia, lo son— contradictorias. Tal contradicción es una fuente importante de conflictos para el individuo cuando esos grupos —de referencia o de pertenencia— son centrales en la identidad personal.

La ciudad, determinada por las tres variables anteriormente especificadas y aunque permite una mayor especialización gracias a la competencia y a las recompensas que ofrece a la eficacia y a la novedad, ejerce una influencia niveladora y despersonalizadora debido sobre todo al sistema de producción masiva, tanto en la de bienes y servicios como en la cultura (11).

Morris ha intentado verificar la teoría de Wirth sobre el modo de vida urbano en un reciente libro, en el que despliega una gran cantidad de material empírico (12). Abstrayendo en doce proposiciones derivadas de la teoría de Wirth, nos va indicando la evidencia favorable o desfavorable a cada una de ellas, así como algunas de sus omisiones, como por ejemplo, la no referencia a la función de los grupos primarios en el medio urbano. Por otra parte, Morris hace notar que la intención de Wirth era explicar las diferencias de los contextos rural-urbano, y que por tanto su teoría no es aplicable en una sociedad en que esas diferencias son cada vez menores. Ahora bien, como el mismo Morris reconoce, «las deducciones de Wirth derivan de supuestos no explicitados sobre la importancia de la racionalidad y la posibilidad de la burocracia en gran escala» (13).

Son precisamente estos supuestos los que, en mi opinión, confieren una mayor validez y actualidad a su descripción sobre el modo de vida de la gran ciudad. Porque aunque Wirth nos advierte de no asociar su descripción con ningún sistema de relaciones de producción determinado, el hecho es que la realidad urbana que él tenía en su experiencia académica y personal, y que hoy día

(11) WIRTH, *op. cit.*, págs. 16-18.

(12) MORRIS, *op. cit.*

(13) MORRIS, *op. cit.*, pág. 171.

tenemos también nosotros, era producto y a la vez reproductora de un determinado sistema de relaciones de producción.

Es probablemente también este sentimiento profundo ante ese sistema —a veces difícilmente expresable en categorías intelectuales— lo que ha caracterizado también esa tradicional hostilidad del intelectual norteamericano contra la ciudad. Porque el intelectual no está contra la ciudad como dice el libro de Morton y Lucia White (14), sino contra el sistema de relaciones de producción que la hace y la subyace, y del que ha sido instrumento claro de expansión y dominación. En este proceso, la ciudad misma se ha convertido en una de sus víctimas más visibles y aparatosas. Sometida como casi todo lo demás a su valor de cambio, ha enajenado su valor de uso. La casa se ha convertido en cosa. Y como tal cosa es traficada, vendida y revendida y los que de ella tienen necesidad de apropiarse son expropiados. El señuelo y la esperanza de apropiación de la ciudad, para tantas y tantas gentes se convierte así en una forma multiforme de alienación: la alienación de la ciudad.

III

Si aceptamos en términos generales como válida la descripción —aunque no la determinación— del modo de vida urbano de Wirth, nuestra tarea inmediata debe consistir en especificar los problemas psicológicos básicos que para el hombre se derivan de este contexto: el de su identidad personal y el de la alienación. Son en definitiva el anverso y el reverso de un mismo problema: El de la realización y liberación de las posibilidades del hombre. Es cierto que este problema no es sólo del hombre de nuestro tiempo, sino de todos los tiempos, pero eso no nos releva de la tarea de tener que planteárnoslo en el nuestro y mucho menos con referencia a un proceso —el de la concentración urbana—, cuyas posi-

(14) WHITE, MORTON Y LUCIA, *El intelectual contra la ciudad*, Edics. Infinito, Buenos Aires, 1967.

bilidades y consecuencias pueden ser —son— tan ambivalentes y contradictorias. Por otra parte, en torno a esos dos conceptos, se han realizado análisis muy incisivos de las formas de relacionarse el hombre consigo mismo y con los demás en la sociedad urbanizada de masas.

Por mi parte utilizaré estos dos conceptos —identidad personal y alienación— para organizar algunos de los problemas personales e interpersonales que claramente pueden descubrirse en el proceso de urbanización en gran escala, sobre la base de las necesidades del desarrollo económico industrial capitalista. En este sentido la hipótesis de trabajo de esta comunicación será que: en las actuales condiciones socio-económicas la concentración masiva de la población, con el modo de vida que comporta, supone profundos cambios —crisis— en la identidad social y personal de grandes sectores o grupos de la población (15). Más que una verificación empírica —por lo demás imposible, dados los términos excesivamente amplios o imprecisos en que conscientemente está planteada— lo que pretendemos es establecer conexiones lógico-conceptuales que nos permitan aprehender las conexiones reales entre lo que ocurre a nivel de la totalidad de la estructura social y lo que ocurre en el nivel de la personalidad. ¿A qué se debe ese cuadro clínico típico del emigrante que los psiquiatras llaman densinserción social y ante el que con mucha frecuencia se sienten impotentes con las terapias tradicionales? ¿A qué se debe la frecuencia de ciertos cuadros depresivos en los que de nuevo las terapias tradicionales sólo momentáneamente parecen ser eficaces? ¿Por qué esa tendencia a la segregación «subcultural» de los jóvenes?

Cada una de esas situaciones remite dialécticamente a la totalidad social. Pero debemos aclarar que si bien creemos que la hipótesis de trabajo es inverificable en bloque, sí creemos por el

(15) Esta hipótesis, por lo demás, está a la base de muchos autores clásicos y actuales de la Sociología. Para una obra reciente que interpreta desde esta perspectiva una amplia gama de fenómenos de la sociedad americana actual, véase, por ejemplo: KLAPP, O. E.: *Collective Search for Identity*. Holt, Rinehart y Winston, 1969.

contrario que pueden observarse ciertos fenómenos que apuntan en esa dirección y que son susceptibles de verificación empírica.

Pero antes de intentar relacionar el problema de la identidad personal con lo que, con Wirth, venimos llamando modo de vida urbano, deberemos especificar algunos componentes de la estructura de la identidad personal. Genéticamente, la identidad personal se configura en un espacio y tiempo sociales en el que el individuo, desde el momento de su nacimiento, se encuentra con objetos que no son él mismo. Dentro de este espacio, las otras personas constituyen «objetos» clave para la satisfacción de necesidades básicas. Pero para tener pleno acceso a los otros es preciso aprender a comunicar con ellos. Ahora bien, con el lenguaje no sólo se aprende la posibilidad de una relación inmediatamente utilitaria, sino la codificación de una realidad. Dentro de esa realidad simbólica los otros transmiten determinadas expectativas y significados sobre el comportamiento de uno mismo. En el cumplimiento de estas expectativas uno adviene a una *posición con respecto* al otro o los otros. Así, en el proceso de responder al otro se va configurando lo que yo soy, pero para responder al otro tengo que «asumir» su rol, es decir, adoptar su actitud. De algún modo tengo que interiorizar e identificarme con lo que él es: tengo que actuar, por lo menos mentalmente, *como si* yo fuese él. Ahora bien, en este proceso de sucesivas adopciones de la actitud del otro hacia mí mismo, la actitud del «otro significativo», es decir del otro con quien mi identificación es más fuerte, se convierte en la actitud básica que yo tomo hacia mí mismo. De este modo lo que yo soy para mí mismo, mi identidad personal, está inseparablemente vinculado con lo que soy para los demás.

Esta perspectiva, dentro de la línea conceptual del interaccionismo simbólico, ha sido incorporada al psicoanálisis por Erik Erikson. «Desde un punto de vista genético —dice Erikson— el proceso de la formación de la identidad emerge como una configuración evolutiva, una configuración que se establece gradualmente por las sucesivas síntesis del ego a lo largo de la infancia; es una configuración que gradualmente integra la contextura física del individuo, las necesidades idiosincráticas de su líbido, sus ca-

pacidades, sus *identificaciones significativas*, sus defensas efectivas, sus sublimaciones y sus roles consistentes» (16).

La adopción de esta perspectiva se hace más clara en su conceptualización de la adolescencia: «No está dentro de las posibilidades de la teoría de la libido... el proporcionar una explicación adecuada del segundo *periodo de latencia*, es decir, de la adolescencia. En ella el individuo sexualmente maduro ya adolece de un cierto retraso en su capacidad psicosexual para la intimidad y en la preparación psicosocial para la paternidad. Este período puede ser considerado como una demora psicosocial en la que el individuo, a través de una libre experimentación de ciertos roles puede encontrar un lugar en algún sector de su sociedad, un lugar que esté suficientemente definido, y que no obstante parezca específicamente hecho para él. Al encontrarlo, el joven adulto obtiene un firme sentido de continuidad interior y de identidad personal que servirá de puente entre lo que fue de niño y lo que está a punto de llegar a ser, reconciliando de este modo su concepción de sí mismo y la imagen que su comunidad tiene de él» (17).

Dejando de lado las connotaciones conservadoras que de una tal formulación pudieran deducirse, lo que nos interesa destacar aquí es la íntima interpenetración entre los roles que proyecta la estructura social y la identidad personal. Esto es importante porque nos permite el estudio estructural de la personalidad —o por lo menos de gran parte de ella— a partir de las características que la estructura sociocultural prescribe a tales roles. En este sentido, los roles que el individuo ejecuta en su vida cotidiana tienden a constituirse en subidentidades de su total indentidad personal; los motivos, actitudes, percepciones y valores que comportan son sus motivos, sus actitudes, sus percepciones y sus valores. Es obvio

(16) ERIKSON, E., «Identity and the Lyfe Cycle», *Psychological Issues*, vol. I, número 1. Véase también del mismo autor. «The Problem of Ego Identity», en STEIN, M.; VIDICH, A. J., y WHITE, D. M. (Eds.) *Identity and Anxiety*, The Free Press of Glencoe, Ill. 1960, págs. 37-38, y en español: *Infancia y Sociedad*, Edics. Hormé, Buenos Aires, 1959. Vid., LYND, H. M.: *On Shame and the Search for Identity*. Wiley, 1958 (Science Ed. 1961). DE LEVITA, D. J.: «On the Psycho-Analytic Concept of Identity.» *International Journal of Psycho-Analysis*, vol. 47, págs. 299-305.

(17) ERIKSON, E., *op. cit.*, pág. 111.

que el individuo reinterpreta cada uno de esos componentes de un modo peculiar y único y que esta peculiaridad es lo que realmente constituye su subidentidad específica en cada una de las posiciones sociales que el individuo ocupa (18). Pero su afirmación, cristalización o desaparición dependerá de la continuidad del contexto social e interpersonal en que se verifica. «Cuando alguien tiene identidad —escribe Stone— puede decirse que *está situado*, esto es, producido en la forma de un objeto social por el reconocimiento de su participación o pertenencia a ciertas relaciones sociales. Esta identidad se constituye cuando los otros le sitúan como un «objeto» social al designarlo con el mismo vocabulario con que él a sí mismo designa o se proclama» (19).

IV

Dada, pues, esta interpenetración y dialéctica entre la identidad personal y la realidad social e interpersonal —entre el carácter social y la estructura social, en terminología de From— los cambios y reestructuraciones en nivel de la organización social, han de tener forzosamente algunas consecuencias para la identidad personal. Estas consecuencias son las que debemos ahora apuntar, poniendo en relación el modo de vida urbano tal como lo hemos descrito con la identidad personal.

Estas consecuencias podríamos resumirlas afirmando que en las actuales condiciones socioeconómicas, las consecuencias del proceso de urbanización en gran escala tienden a fomentar la dispersión, fragmentación y alienación de la identidad personal.

Hemos dicho anteriormente que la identidad personal se constituía en la continuidad de la interacción social. Ahora bien, una de las características de las relaciones sociales en la gran ciudad

(18) MILLER, D., «Personality and Social Interaction», en Kaplan, B. (Ed.), *Studying Personality Cross-Culturally*. Raw Peterson and Comp. Evanston, Ill. 1961, págs. 271-298.

(19) STONE, G. P., «Appearance and the Self», en Rose, A. M. (Ed), *Human Behavior and Social Processes* Houghton and Mifflin. New York, 1962, pág. 93.

es su transitoriedad, su fugacidad. Uno conoce a muchas personas, pero las conoce momentos discontinuos y normalmente con la ansiedad de que el tiempo le es requerido en otra parte. Ante esta constante urgencia las relaciones interpersonales tienden a perder espontaneidad. En estas circunstancias, como afirma Simmel «...la tendencia a ofrecer una apariencia "ad hoc", a aparecer atento y visiblemente peculiar, está más presente en los contactos interpersonales del individuo de la gran ciudad que en una atmósfera en que la frecuente y prolongada asociación asegure a la persona una imagen de sí misma menos ambigua en los ojos del otro» (20).

Yo creo que esto se produce incluso entre personas en quienes existe un auténtico deseo de prolongar e intensificar su comunicación. La posibilidad de cristalización de relaciones primarias queda de este modo muy reducida. Es sin embargo, en este tipo de relaciones, donde el individuo encuentra la continuidad y unidad básica de su identidad personal. Ciertamente que como ha apuntado Morris, el tipo relación primaria subsiste de hecho en la gran ciudad, sobre todo, además de la familia, en el ámbito de trabajo y más específicamente en la organización informal de la industria y la burocracia. Sin embargo, la estructura competitiva subyacente en muchos de estos contextos y sus relaciones con la sociedad global, minan de hecho esta posibilidad.

La segmentalidad en las relaciones sociales es otra característica del modo de vida urbano, impuesto sobre todo por la división del trabajo y por las relaciones de intercambio. Ahora bien, en la medida en que mi relación con otras personas se produce como una relación funcional, como algo que en un momento determinado me es útil o es útil para un proceso en cuyo control ni él ni yo participamos —a no ser como elementos fácilmente sustituibles— le reduzco a mera cosa, le cosifico. Su personalidad la reduzco a un mero instrumento de mis fines. Como tal instrumen-

(20) SIMMEL, G., «The Metropolis and Mental Life», en WOLFF, K. H. (Ed.), *The Sociology of Georg Simmel*. The Free Press of Glencoe, Ill. 1950, pág. 421.

to le percibo como algo manipulable y mi orientación hacia él tenderá a ser explotadora. Como parcialmente ha observado Simmel, «la vida de la ciudad ha transformado la lucha con la naturaleza por la supervivencia en lucha interhumana por la ganancia, ya que en la ciudad la supervivencia no está garantizada por la naturaleza sino por otros hombres» (21). Pero ¿cómo puede verificar mi identidad personal en alguien a quien considero como cosa? Solo patológicamente, destructivamente. «El carácter parcial de la relación dialécticamente inobjetiva se traduce en la parcelación de la realidad —externa e interna— y en la pérdida del nexo interobjetivo. Este hombre es médico. Ahora es médico de pobres, luego de ricos, etc. No hay procedencia integradora del acto de la praxis sino que en cada instante está forzado a la función de aquel sector de la realidad que aprende y que le obliga a verificar. El resultado es la incoherencia entre las distintas praxis... Esta incoherencia o inadecuación interna es visible en el campo de la dialécticidad interna: *los principios éticos son una cosa: la práctica otra...* En el acto alienado —en la praxis alienada— el sujeto no se "reconoce" como propio. La escisión entre lo que hace y quisiera hacer conduce a la extrañeza del acto propio. Una sutil apersonalización del acto es perceptible» (22).

La aparente difuminación de las líneas divisorias de clase, la aparición de los grupos de status, la preponderancia de los medios indirectos de comunicación, tienden a fomentar lo que yo llamo identificaciones y grupos de referencia falsos. Entiendo por identificación falsa la aceptación acrítica, es decir, la interiorización automática, de modelos de comportamiento cuya probabilidad de realización tanto individual como social es nula o muy baja. Por grupo de referencia falso entiendo aquel grupo cuyas perspectivas, al ser utilizadas por el actor como marco de referencia para la organización de su campo cognitivo y perceptivo, actúa más

(21) SIMMEL, G., *op. cit.*, pág. 420.

(22) CASTILLA DEL PINO, C., *Un estudio sobre la depresión*, Edit. Península, Madrid, 1966, págs. 329-330.

como forma de control de su comportamiento que como intelec-
ción válida de su realidad (23).

Ambos mecanismos inducen comportamientos superticiosos y escapistas orientados hacia intentos de cambiar mágicamente una realidad no aceptada. Ambos tienden a proporcionar gratificaciones simbólicas, sucedáneas, que la persona no encuentra en la cotidianeidad de su existencia. Ambos suponen forma defectuosas de afirmación de la identidad personal. Como ilustración del primer mecanismo citaré el caso de un maletilla a quien casualmente tuve la oportunidad de entrevistar. Se trataba de un niño de 15 años, de estatura muy inferior a la normal. Llevaba más de dos meses fuera de casa alimentándose de lo que podía recoger y co-
ger de aquí y de allá. Cuando le pregunté por qué se había marchado de casa, me contestó: «Quiero ser como el Cordobés o morir».

Esta forma de identificación, aunque no tan expresamente manifiesta, existe ampliamente en grandes sectores de la juventud masculina y femenina y también en los adultos. Constituye un modo de ser, de pertenecer a algo o alguien, con cuya ficticia relación se espera encontrar una identidad. Es una forma de vivir lo que la vida real es incapaz de proporcionar. En gran medida expresa un miedo, una ansiedad de encararse libremente con una realidad personal insatisfactoria, y comprenderla en sus rigurosos determinantes globales. Los medios de comunicación de masas proporcionan amplias vías para evasiones de esta índole, disolviendo de este modo, junto con otros mecanismos menos sutiles, la posibilidad de una concienciación individual y social de las condiciones reales de su frustración. La atomización, la privatización de la

(23) SHIBUTANI, T., «Reference Groups and Social Control», en ROSE, A. M., *op. cit.* Creo que a este tipo de identificación se refiere L. ROSENMARYR cuando escribe: «La correlación entre el bajo nivel en actividades culturales y la alta frecuencia de asistencia a films de poca calidad, y la conexión de estos hallazgos con un incremento en las identificaciones con estrellas cinematográficas... me ha llevado a pensar en un tipo especial de identificación, independiente de la esfera de las metas y valores personalmente realizables.» «Towards an overview of youth sociology», *International Social Science Journal*, vol. XX, n.º 2, 1968, pág. 315.

vida en las grandes ciudades refuerza y se refuerza con esta fenomenología.

A través de estas identificaciones aisladas deslizan valores, normas, perspectivas, toda concepción general de la realidad que estructura con lógica casi implacable el marco cognitivo-perceptivo del individuo. Los medios de comunicación de masas producen y reproducen constantemente un mundo simbólico, ideológico, que legitima esos valores, esas normas y esas perspectivas y a los grupos o clases que los encarnan en la realidad. El individuo, ante la carencia de interpretaciones alternativas, no puede sino aceptarlos como sus propios grupos de referencia. Su comportamiento orientado y evaluado desde las peculiares perspectivas y valores de esos grupos tal y como él los percibe, tiende a escindirse y a diferenciarse del de sus grupos de pertenencia y con ello a formarse en él una identidad personal a la que aspira acriticamente desde su realidad personal insatisfactoria. Se produce aquí un nivel excesivo de aspiración que si no es alcanzado, como ocurre en muchos casos, producirá fuertes crisis en la identidad personal. El individuo se encuentra aquí como en un callejón sin salida: no forma parte del grupo que realmente controla su comportamiento, del grupo hacia el que se orienta, pero por otra parte, le es imposible mirar atrás sin sufrir un duro revés en su autoestimación. Un caso cuya relación debo a un psiquiatra amigo, podría interpretarse desde esta perspectiva. Se trata de la hija de unos porteros de embajada. La profesión secretaria. Edad veinte años. Comienza a salir con jóvenes de un status superior al suyo. Sus padres «se convierten» en diplomáticos. Ella es la hija de unos diplomáticos. Parar seguir manteniendo su nuevo status frecuenta ciertos círculos nocturnos en donde lo pasa bien y, además, obtiene medios económicos. La mujer acaba practicando un cierto tipo de prostitución elegante.

Como afirma Strauss «los cambios de vocabulario exigen, pero también indican nuevas evaluaciones: de sí mismo y de los demás, de acontecimientos, de actos y de objetos, y la transformación de la percepción es irreversible. Una vez que ha cambiado ya no hay

posibilidad de volver atrás. Uno puede todavía mirar atrás, pero sólo puede evaluar desde su nuevo status» (24). ¿Cuántas crisis de identidad no se producirán en los «controlados» por ese grupo de referencia tan atractivo, la gran ciudad, llegan a ella en búsqueda de una nueva identidad para encontrar sólo una nueva y multiforme alienación?

Simmel apuntó ya el nexo monetario como característica básica de la ciudad. La mediatización monetaria en las relaciones sociales tiende a reforzar esta orientación cosificante de la que hablábamos antes. El dinero homogeneiza realidades cualitativamente muy distintas incluida la misma realidad interhumana. El dinero como medio se convierte en fin. En el fin que mediatiza todas las necesidades, convirtiéndose él mismo en necesidad inexcusable. La posesión de dinero legitima subidentidades que no se corresponden con la realidad. Las apariencias y los símbolos de *status* exhibidos por un individuo en un contexto en que no es conocido —y la gran ciudad es el ámbito más adecuado para el anonimato— provocan en los demás una deferencia, una forma de identificación que puede no corresponder con su realidad personal. El individuo puede, durante algún tiempo, ser «otro» del que normalmente es. Incluso hasta después de la muerte puede pensar que con un entierro factuoso se puede afirmar o verificar la identidad, como le sucede a la protagonista de «La Fallecida» —film del nuevo cine brasileño— en que el problema de la comunicación y la alienación de las gentes urbanas aparece magistralmente descrito. Esta dependencia básica del dinero conduce fácilmente a la reificación de nuestra propia identidad personal y la de los demás. Es lo que ha llevado a Fromm (25) a hablar de la orientación mercantil de la personalidad de nuestro tiempo. No sólo las cosas, los objetos, son mercancía vendibles en el mercado. La frecuencia con que estamos acostumbrados a escuchar

(24) STRAUSS, A., *Mirrors and Masks: The Search for Identity*, The Free Press of Glencoe, Ill. 1959, pág. 92.

(25) FROMM, E., *Psicoanálisis de la Sociedad Contemporánea*, F. C. E., Méjico, 1956, y otras obras del mismo autor.

ciertas expresiones que surgen espontáneamente en el lenguaje de la gente —por ejemplo ¿cómo están mis acciones?, para referirse a alguien, a cuál es su identidad pública— nos hacen pensar que los análisis de Fromm son básicamente correctos.

Marx ha escrito páginas inigualables sobre la capacidad mixtificadora y enajenante del dinero: «el dinero —dice Marx— en cuanto posee la propiedad de comprarlo todo, en cuanto posee la cualidad de apropiarse todos los objetos es pues el objeto por excelencia. La universalidad de su *cualidad* es la omnipotencia de su *esencia*: vale pues, como ser omnipotente...; el dinero es el *alcahuete* entre la necesidad y el objeto, entre la vida y los medios de vida del hombre. Pero lo que me sirve de mediador para mi vida, me sirve también de mediador para la existencia de los otros hombres para mí. Eso es para mí el otro hombre» (26). Y también: «la inversión y confusión que todas las cualidades humanas y naturales, la conjugación de las imposibilidades; la fuerza *divina* del dinero radica en su *esencia*, en tanto que *esencia* genérica extrañada, enajenante y autoenajenante del hombre» (27).

Por otra parte, la segregación espacio-temporal de los distintos roles que desempeña el individuo ofrecen un aspecto visible de la compartimentalización de sus actividades, de la escisión de aspectos fundamentales de su personalidad. La continuidad de su experiencia queda de ese modo inconexa. Trabajo-diversión, vida pública-vida privada, religión-economía. En cada uno de esos escenarios debe atenerse a las reglas de la representación, a la racionalidad «racionalizadora», y que, en su conjunto, él experimenta en su inconsciente como gran irracionalidad. Cada uno de esos ámbitos, cada vez más incomprensibles para él, le sumergen sin embargo, en la Gran Racionalidad. Con ella se identifica en una falsa identificación y a ella presta, esporádicamente, su asentimiento para compensar su impotencia, su forma multiforme de alineación cotidiana.

(26) MARX, K., *Manuscritos: Economía y Filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, 1968, pág. 177.

(27) MARX, K., *op. cit.*, pág. 179.

V

Lo anterior no es un ataque contra la ciudad, sino su defensa. La ciudad va a convertirse, se está convirtiendo ya, en la forma irreversible de la futura convivencia humana. A ella no cabe atribuirle causaciones de las que es ella misma uno de los efectos. Sus problemas son los problemas originados por fuerzas que la han explotado y cosificado para sus fines clasistas. La ciudad es, no obstante, la única posibilidad del hombre contemporáneo. No cabe mirar románticamente hacia el pasado y desde él complacernos en señalar los problemas con que se encuentra el hombre de la gran ciudad actual. Ahora bien, tampoco cabe la euforia acrítica que no ponga de manifiesto la posibilidad de que la organización social urbana en gran escala siga siendo y llegue a convertirse definitivamente en instrumento de explotación refinada y total, en planificación centralizada de nuestras percepciones, de nuestros motivos, de nuestra misma espontaneidad humana. Esta es una posibilidad tan real —ya es en gran medida realidad— como la de que pueda ser un paso auténtico en la liberación humana. Por eso, ante la consideración de los problemas psicológicos en que se encuentra el hombre de la gran ciudad no es posible dejar de referirnos a la totalidad social. Sólo desde esta perspectiva, tanto el psicólogo como el sociólogo o el urbanista pueden adoptar una perspectiva y una praxis que no refuercen las tendencias alienantes de las que hoy es la ciudad instrumento manifiesto.

Ahora bien, como certeramente apuntó Tönnies, «cuando el pueblo con su trabajo ha pasado a depender del comercio o capitalismo, y en la medida en que esto se haya consumado, deja de ser pueblo: se le adapta a poderes y condiciones exteriores *ajenas* a él, se le hace culto. Se le dota de ciencia (la característica de los cultivados), en cualquiera mescolanzas y formas, a modo de medicina para curar su zafiedad. Muy contra la voluntad de los

cultivados, en cuanto éstos se identifican con la sociedad capitalista, el pueblo así transformado en "proletariado" es inducido a pensar y adquirir conciencia de las condiciones en las que se halla encadenado al mercado de trabajo. De su conocimiento nacen resoluciones y esfuerzos para romper esas cadenas» (28).

Todo conocimiento no encaminado al nacimiento de esas resoluciones para romper esas cadenas forma parte, lo diga o no, quiéralo o no, de una estrategia de clase contra la Ciudad.

(28) TONNIES, F., *Comunidad y Sociedad*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1947, página 247.